

su presencia en Palacio. De ellos, de sus discursos y de sus recientes concesiones, se sirve Hernández Barral para identificar con acierto las nuevas inclusiones que con Alfonso XIII pasaron a conformar la Grandeza de España.

Igualmente, ha de señalarse que uno de los aspectos que con seguridad haga historiográficamente más actual el presente estudio sea su acertada mirada a lo que la nobleza de otros países europeos protagonizaba –de forma activa o pasiva– en aquellas mismas fechas. Eran notables y son consabidas las diferencias que existieron entre los distintos nobles europeos –especialmente palpables entre el este y el oeste del continente–, pero adoptando este amplio enfoque, el autor consigue que la Grandeza española del siglo XX no sea vista como un grupo social sin parangón en su contexto europeo, sino como una arista más de un grupo social común en el continente que compartió, allá por donde se daba, la amargura de tener que adoptar un nuevo lugar bajo el sol.

A modo de epílogo, servirán las palabras que hace no mucho escribía García de Cortázar: «la historia de España es rica en perdedores y olvidados, avara en crepúsculos y elegías». Los derrotados de Hernández Barral contaron durante su apogeo con voceros para cantar sus hazañas y oídos prestos a escucharlas. Durante su caída, aquel prestigio dejó de alcanzar ya las cotas del pasado y las voces y oídos que una se ocuparon de ellos, optaron por no hacerlo. Su mundo, el mundo como habían conocido, se estaba precipitando al vacío y los resultados de las elecciones municipales del día 12 de abril de 1931 no fueron sino la constatación del hecho. Los miembros de la Grandeza volverían a concitar la atención de la sociedad, en forma de verdaderas y falsas atribuciones, a partir del 14 de abril. Pero esa es ya otra historia.

*Pablo Mauriño*

Universidad de Sevilla

LUIS OCIO: *Ramiro de Maeztu. Un monárquico en la II República*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2014, 448 págs.

Figura relevante de la denominada Generación del 98, Ramiro de Maeztu lleva interesando a numerosos estudiosos no solo de la literatura, sino también de las ideas políticas y de la filosofía desde hace años. En este sentido, contamos con dos obras especialmente relevantes centradas en la biografía del intelectual vitoriano, la de José Luis Villacañas (*Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, 2000), abordada desde la filosofía; y la de Pedro Carlos González Cuevas (*Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, 2003), un excelente estudio desde el terreno del pensamiento político. Otros historiadores también han analizado su obra y su comportamiento político, destacando entre todos ellos Julio Gil Pecharromás y su ya clásico libro *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1931-1936)*

(Madrid, 1994). De ahí que lo primero que haya que decir de este trabajo es que no estamos ante una biografía más de Ramiro de Maeztu. Al contrario, a Luis Ocio le interesan exclusivamente los años de la Segunda República y, en este sentido, el subtítulo está plenamente justificado, ya que su investigación se centra casi únicamente en esos años. Y lo que le atrae fundamentalmente es su pensamiento político. El abordaje, por consiguiente, no es biográfico, sino temático, es decir, analizando los aspectos fundamentales que conformaron el pensamiento político de Maeztu durante los convulsos años republicanos.

Fueron los últimos años de la vida de Maeztu y, sin duda, su etapa más conservadora. Fue, precisamente, en los años diez, cuando su pensamiento político dio un claro giro hacia el tradicionalismo, abandonando los postulados liberales que le habían acompañado hasta entonces. Hasta tal punto que aceptó representar a la España del general Primo de Rivera en Argentina en calidad de embajador, previo ingreso en la Unión Patriótica en 1927. De hecho, a su regreso de Buenos Aires, nos encontramos con un Maeztu conservador, elitista, antiparlamentario, corporativista y españolista. Allí había asumido plenamente la idea de hispanidad frente a la de raza, idea que desarrollaría ampliamente primero en sus colaboraciones en la revista «Acción Española» y después en su libro *Defensa de la Hispanidad* (1934), en el que se recogieron algunos de estos escritos y que se convirtió en una obra fundamental dentro del pensamiento tradicionalista español de esos años. Y es que, como sostiene Luis Ocio, Maeztu se propuso rehacer el viejo discurso del tradicionalismo de raíz católica en unos años especialmente adversos para ello, a tenor, sobre todo, de la actitud que había mantenido Alfonso XIII como sostén de Primo y, por consiguiente, como dinamitador de la propia Constitución de 1876. En fin, defensor a ultranza de la monarquía, la República representaba todo ese conjunto de males a los que era preciso hacer frente.

Cuando la monarquía estaba ampliamente desprestigiada y cuando incluso antiguos monárquicos habían abrazado ya la República, algo visto como una traición de una parte de la antigua oligarquía restauracionista, Maeztu apostó por un tradicionalismo basado en la monarquía católica como alternativa a las ideologías de izquierda predominantes entonces, a saber: el republicanismo y el socialismo. Había que construir un ideario hispánico contrarrevolucionario que disputase a las izquierdas la hegemonía cultural, siendo Maeztu quien le proporcionase el esqueleto intelectual que lo sustentase. Buscaba así conseguir que los valores tradicionales impregnaran a una sociedad española cada vez más alejada de ellos. Para lo cual no dudó en utilizar los medios modernos a su alcance y en dotar a sus ideas de un nuevo ropaje con el fin de hacerlo más atractivo a las clases medias. Para Luis Ocio, estaríamos ante un claro contrailustrado moderno. En este sentido, dotó al tradicionalismo del nuevo lenguaje de la modernidad, racionalizándolo y actualizándolo conceptual y discursivamente. Analizando, pues, este neotradicionalismo de Maeztu, el autor hace una disección y un análisis pormenorizado de los pilares básicos de su ideario (espiritualismo absoluto, humanismo barroco, monarquismo católico, armonicismo y capitalis-

mo cristiano) a través de un estudio exhaustivo de su obra de madurez. Estaríamos hablando de un paradigma cultural y de una acción política elaboradas como propuestas alternativas, en lo ideológico e institucional, a la visión del mundo y al entramado político del republicanismo y de los partidos obreros, que, en breve, terminarían en confrontación mediante la Guerra Civil. Guerra, por cierto, de la que el propio Maeztu fue una víctima más, al ser fusilado en una saca en octubre de 1936.

Intelectual ante todo, Maeztu tampoco descuidó la acción política y es así que fue elegido diputado por Guipúzcoa en las elecciones de 1933 por el partido monárquico Renovación Española, mostrándose en todo momento contrario a la República, con lo que se distinguió claramente del accidentalismo de la CEDA de Gil Robles. De todos modos, el escaño solo le sirvió para afianzar su imagen de diputado excéntrico, provocador e incluso díscolo. A este respecto, son bien conocidas sus salidas de tono en el Congreso, por lo que su quehacer político fue más bien marginal. Hasta cierto punto, se podría decir, con Luis Ocio, que Maeztu y la política eran «dos realidades que apenas podían discurrir en compañía» (pág. 407), dado que tenía un temperamento tan impetuoso y rígido que no se adaptaba bien a la acción política cotidiana propia de un parlamento. En realidad, estaba pensando más en salidas de corte autoritario, muy alejadas de las fórmulas parlamentarias y democráticas.

Por este y los demás estudios mencionados, su encuadramiento en la extrema derecha parece claro. Si en un principio creyó que sus principios, por buenos, se implantarían sin métodos coercitivos, al comprobar que esto no era así, poco a poco llegó a realizar una justificación cultural del uso de la violencia y aquí «Acción Española» jugó un papel determinante. Y no olvidemos que Maeztu llegó a ser director de esta publicación. En ella no se tardó en justificar intelectualmente la necesidad de la utilización de la violencia como mecanismo de defensa de los principios del tradicionalismo. Había que preparar a las mentes más belicosas para aniquilar la experiencia democrática republicana. Y para ello ¿qué mejor que reclamar todo el poder para los militares? La alianza de las derechas por la que tanto había luchado Maeztu no era suficiente, por lo que había que apelar a un protagonismo cada vez mayor del Ejército. Frente a lo que representaban las izquierdas, el Ejército fue visto como paradigma de la civilización. De suerte que a la altura de 1936 el escritor era ya un firme partidario de entregar el poder a los militares. No sorprende, por lo tanto, su apoyo al golpe de Estado del general Franco y su conversión, tras su asesinato, en uno de los mártires más preclaros de la patria y, ante todo, del universo intelectual franquista.

Por lo tanto, de lo dicho hasta aquí se puede deducir que estamos ante un libro interesante para el estudio no solo de Ramiro de Maeztu en sí mismo, sino del tradicionalismo español de los años treinta y de la derecha en general, ya que algunas de las ideas que defendió el vitoriano persisten hoy en día, según el propio autor: protagonismo del dinero, Estado mínimo, establecimiento de una

sociedad dual o elitista, predominio de lo religioso o prevalencia de lo económico sobre la política. Desde luego, son temas candentes y que son recurrentes en determinados sectores de las formaciones de derecha. Pensemos, por ejemplo, en los *neocon* y en el Partido Republicano de Estados Unidos, por no hablar del *Tea Party*. Bajo este punto de vista, el volver al pensamiento político de Maeztu es pertinente y, desde luego, muy actual, por lo que, en mi opinión, constituye todo un acierto. Ahora bien, el presentarse casi como un pionero en esta labor, como afirma el autor en la página 25, puede resultar exagerado, sobre todo, después de los estudios antes mencionados. Estudios, por cierto, sobre todo el de González Cuevas, poco citados a lo largo del texto. Pese a tratarse del resultado de una tesis doctoral y lo que ello implica, tal vez el autor debería haber sido algo más generoso con las importantes obras y autores que le han precedido en su investigación. Al fin y al cabo, esta no es sino una acumulación de sucesivo conocimiento.

Carlos Larrinaga

Universidad de Granada

JOAN MARÍA THOMÀS: *El gran golpe. El caso Hedilla o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona, Debate, 2014, 501 págs.

La historia de la Falange Española ha sido sometida en las últimas dos décadas a una profunda renovación que en la actualidad permite acercarnos al falangismo desde ópticas distintas, pero complementarias, apreciándose así el avance conseguido por la historiografía dedicada al estudio del fascismo en España. Cierto es que aún no hemos llegado al punto de máximo desarrollo historiográfico, pues aún quedan cuestiones importantes por estudiar, por completar o, incluso, por matizar debido a que de vez en cuando nos encontramos con algunos autores que aún siguen las viejas fórmulas metodológicas de antaño, que pertenecen a la prehistoria de los estudios sobre el fascismo, pero que en nuestro país, como digo, parecen vivir una segunda época completamente ajena a las aportaciones más innovadoras del panorama historiográfico nacional e internacional. El caso es que, dejando a un lado algunos de estos trabajos anclados en el tiempo, podemos afirmar con cierta satisfacción que hoy basta una simple consulta sobre la historia de la Falange en cualquier base de datos al uso para comprobar inmediatamente cómo esta arroja una extensa lista de libros, capítulos de libros, artículos, memorias y diarios que vienen a demostrar la cantidad de páginas que hay escritas ya sobre la Falange, su historia y la de los españoles que un día arribaron a sus filas. Porque desde que en 1965 Stanley G. Payne abriera el camino con su trabajo sobre el fascismo español, publicado en París por *Ruedo Ibérico*, hasta los estudios más recientes podría afirmarse, casi sin desviarnos mucho, que prácticamente no han llegado a pasar más de diez